

ACERCA DEL MENÚ Y OTRAS MENUDECENCIAS

1

Hace ya unos cuantos lustros el *Manual del buen ligón universitario* recomendaba a sus lectores y actores abordar las presas femeninas agarrándose a las curvas ganchudas de una tonta pregunta de libro: “¿Estudias o trabajas?”. Evidentemente quien así interrogaba a las mozuelas *fermosas* sentía como auténtica la dicotomía ya fuese porque el susodicho mochuelo no consideraba trabajo al estudio o bien porque el estudio, contrariamente a la etimología tortuosa y torturante del “tripalium” o *trabajo* le provocase al tal bicho raro un placer masoquista. ¿Acaso no experimenta el faquir durmiendo sobre un tridente con tres puntas puntiagudas el mismo gozo que muchos estudiosos con cualquier trilogía difícil de masticar?

Pues bien, dentro del directorio de aquella cuestión cabe abrir un sub-directorio o una nueva carpeta con otra cuestión que no es nada baladí sino más bien de peso, sustancial, sustantiva, significativa, ambivalente y hasta de un pijo polivalente. O sea, ¿no? : “*Tú ¿eres de ciencias o de letras?*”. En un lado de la balanza el *pendrive*, en el otro platillo alternativo el lápiz de mina de carbón con el sacapuntas o sacaminas. Nosotros, árbitros como un fiel de la báscula de baño, emitiremos el juicio final en el gran combate entre los dos pesos pesados.

2

En latín el vocablo “*mina*” tiene el sentido material de “roca o peña saliente”. En esas minas de la superficie los *mineros* obtienen los *minerales* que luego perseguirán a punta de pico y pala hasta el interior de las minas subterráneas. Uno de esos minerales o tesoros preciados que hallan los primitivos mineros en los barrancos o las gargantas de los ríos – las cuevas de *Ali Babá* - es el *minio*, de color rojizo o bermellón. El río Miño era antaño rico en dicho mineral de minio que lo ha bautizado con su onomástica mineralizada. Del mismo modo las minas de Río Tinto, tan lejanas en la geografía, se aproximan filológicamente al Miño con su tinte o *tinta* que tiñe de rojo sangriento las aguas fluviales como sucedió en la célebre batalla de Guadalete. Y en las aldeas retiradas los monjes medievales usarán el minio para hacer letras *miniadas* o *miniaturas* en los libros que copian pacientemente en sus celdas monacales como si fueran abejas bucólicas de una colmena virgiliana.

Desde la altura de esos salientes o minas que sobresalen con su “*eminencia*”, como almenas o *minarettes*, se vislumbran las “*amenazas*”, los peligros “*eminentes*” o “*inminentes*”, que asoman como un *mentón* prominente. *Conminar* a hacer algo a alguien es amenazarlo aunque hoy la amenaza no se acompañe de una pedrada con la honda del arquero. Como vemos, de la raíz de esa mina de carbón o *grafito* podemos sacar bastante punta al lapicero para dibujar *graffitis* o hacer caligrafía con buena ortografía.

La mina era igualmente una moneda griega, porque el mineral metálico de las minas ha servido al hombre antiguo como moneda de cambio en sus transacciones mercantiles. Y el vocablo “mina” nos da voces como “*liminar*”, “*preliminar*”, “*limen*”. El mojón, piedra o mina sirve como linde que nos marca las etapas o la “*terminación*” del camino (*iter*). El dios romano llamado Término consagraba las piedras o mojones. Una voz como “*ex-terminar*” quiere decir literalmente salir o sacar fuera del término, de la piedra o cálculo liminar que marca la

frontera. De ahí que “eliminar” sea también “sacar fuera o quitar el cálculo o la piedra” que no cuenta ya quedando eliminada del cómputo. ¡Y ello a veces nos cuesta un riñón calculando sólo los intereses de las minas interesantes!

Pero tal vez a un hombre de ciencias naturales o mineralógicas estas cosas sacadas o extraídas de la raíz sin cuadrar del vocablo “mina” parezcan *minucias*, *menudencias*, cosas *menudas*, *desmenuzadas* o *diminutas* como el guijarro de un *minuto* que se repite a *menudo*, más o *menos* según el grueso de la arenilla del reloj. Y, sin embargo, estas cosas *mínimas* son verdades científicas que no hacen *minar* la moral elevada del humanista *amenazado* por la divinización de la tecnología mineral.

Conviene “*discriminar*”, esto es, separar los pequeños cálculos disgregados por el análisis de las pedrezuelas de la mina. ¿Qué es el *menú* de un restaurante o el *menú* del escritorio de un programa informático? El *menú* es algo *desmenuzado* con las manos, las partes de un todo completo, los menuceles de la chichorrería digital. Y al llegar aquí debemos pasar, como el abogado, la *minuta* o los cálculos desglosados, desmenuzados.

El artículo termina con el parto de los montes. De la mina oculta en el montón nos sale un minúsculo ratón o “Mouse” que persigue con su máuser en la pantalla a los iconos de la modernidad como si fueran quesos (pongamos de tetilla) detrás del bigote de una flecha virtual.

¿Vence el *pendrive* o el lápiz de mina? Demos al tabulador y dejemos la cosa en tablas que por ser paralelas flotan en equilibrio acuático como los esquís del signo matemático de la equidad. Hombres de las ciencias y de las letras, cantemos juntos con Ana, Victor, Sabinos y Sabinas -que no son Arana - la canción del multiculturalismo: ¡Conta-míname, mézclate conmigo ...!